





Viajando desde el recuerdo

Miguel Delibes de Castro

Doctor en Ciencias Biológicas. Estación Biológica de Doñana. C.S.I.C.

Uno se crió, y ya hace mucho tiempo de eso, en el norte de España. Aprendió a amar a las aves esteparias en los “campos de tierra” de Valladolid y Palencia, a conocer los árboles y las flores en la Montaña cantábrica, a distinguir las víboras de las culebras de agua en los valles y páramos de la Lora burgalesa. El bosque, para él, eran Muniellos e Hijedo, los roquedos del cañón del Ebro, la gran fauna los lobos de las sierras leonesas y zamoranas. Ignoro la razón (más allá de la evidente dificultad, entonces, de las comunicaciones), pero de niño tenía la sensación de que al sur del Sistema Central no había sino jaras, polvo y calor. Y pienso que no era el único en creerlo.

Eso explica mi entusiasmo y sorpresa, ya mayorcito, al descubrir Extremadura y con ella los ecosistemas mediterráneos. Para empezar, nada más llegar uno encontraba allí más avutardas que en la llanura castellana, más cigüeñas en un solo pueblo que todas las que podía ver en su tierra en un día entero, enormes bandos de grullas en invierno (que, aún hoy, me siguen emocionando casi tanto como la primera vez y más que ningún otro elemento de nuestra fauna), enormes lagartos y culebras tan gordas como un brazo, y bosques, muchos árboles, enormes extensiones forestadas...

Pero el éxtasis llegaba al alcanzar la Sierra de San Pedro, donde recuerdo mi descubrimiento de los bosques de alcornos en las umbrías y, sobre todo, de las enormes e impenetrables manchas hechas de brezos, torviscos, durillos y madroñeras. ¡No había visto nada así en mi vida, y pienso que no existe en Iberia mejor representación de ese monte mediterráneo tan especial y emblemático! Eso era naturaleza con mayúsculas, que diría mi maestro Valverde. Insisto en que ha pasado mucho tiempo, pero entonces la arrancada de un venado en una mancha podía ponernos los vellos de punta, y también allí me ocurrió por primera vez. Llegué a la Sierra de San Pedro buscando ginetas, de la mano de amigos naturalistas, amigos cazadores, amigos taxidermistas, amigos guardas y amigos propietarios. En las tierras donde yo había vivido hasta entonces la ginetas era una especie rara, casi imposible de detectar. ¡Qué diferencia con la sierra sampedrino! ¡Incluso encontramos algún cagarrutero -¿dónde estarán las fotografías?- en lo alto de un dolmen medio derruido! Pero tras las ginetas vinieron la cigüeña negra, el águila imperial, los sotos que parecían norteños y las nutrias y, sobre todo, el misterio permanente, la sombra que no me ha abandonado, del linco ibérico. ¡Cuánto hubiera dado por conocer los lince de San Pedro, que sólo he visto disecados! En una ocasión tratamos de estudiar al linco en la Sierra,

pero no obtuvimos los permisos necesarios; tal vez fue mejor de ese modo, pues seguramente ya era demasiado tarde y no hubiéramos encontrado ninguno. Por entonces decaía el lobo, también, aunque la comarca era tan fragosa y recia que parecía imposible que llegara a desaparecer.

La Sierra de San Pedro, por otro lado, no era ni es sólo fauna y flora mediterránea. Para el castellano ignorante que uno era, se trataba también de historia, una historia vieja desde el paleolítico, que se tornaba especialmente atractiva al alcanzar La Raya, su mezcla de lenguas y sus mil conflictos vecinales, al imaginar a los caballeros de Alcántara y otros guerreros en los castillos de Azagala y Piedrabuena... Si hay cosas que lo permean a uno, penetrando poco a poco en su ser, debo mucho de lo que soy a mi tierra castellana, por un lado, y a la Baja Andalucía que me adoptó por otro. Pero si hay que citar el lugar donde uno se sumergió de golpe en más naturaleza, donde incorporó más registros nuevos (especies, luces, paisajes, olores, sensaciones) desde su primera visita, tendría que referirme sin duda a Extremadura y su Sierra de San Pedro.

Estamos, están, a tiempo de visitarla. Pero tanto si lo hacen como si no, siempre tendrán a mano este libro. ¡Saquen de él buen provecho! ●

Pág. anterior:
La tarde cae sobre el Torrico
de San Pedro.

Cigüeña blanca, garza real y
cigüeña negra juntas, una
imagen difícil de captar.



